



Aspecto del remodelado Violón, que parece haber salido de Marte.

RAMÓN L. PÉREZ

Las plazas desalmadas de Granada

Cemento, granito y falta de verde caracterizan los nuevos espacios

Las del viejo Los Cármenes, San Lázaro o Violón ejemplifican la tendencia de la ciudad hacia los espacios áridos, duros y sin vida



RAFA LÓPEZ

✉ rafalopez@ideal.es

GRANADA. A falta de parques y jardines valiosos, Granada ha estado tradicionalmente poblada de plazas que han contribuido a vertebrar la vida de la ciudad. Espacios de convivencia con el valor añadido de su innegable atractivo. Ahí están Bib-Rambla, la plaza Nueva, la plaza de Mariana Pineda, la de la Trinidad. Sin embargo, la nueva ola 'placística' granadina mueve al desconcierto. Hagamos una prueba: salgamos del aparcamiento de San Lázaro, atrevámonos a asomar la cabeza conforme vamos emergiendo, osemos mirar alrededor y... nos sentiremos teletransportados a Móstoles, sí, aquella ciudad que Martes y Trece lanzó a la fama con la empanadilla y Encarna y el mozalbete que estaba en la mili.

Las nuevas plazas de Granada carecen de alma y son impropias de una ciudad cuya antigua fisonomía ya sólo parecen cantar los poetas. Bueno, algunos poetas. Espacios

vulgares, duros, plagados de granito y cemento en los que el verde es un color que sólo aparece por casualidad o por algún despiste.

«Las plazas de ahora son tapaderas de aparcamiento». Quien lanza esta sentencia es el arquitecto Fernando Acale, que de este asunto sabe lo suyo. Y es que este hombre empleó largo tiempo en concebir, escribir y publicar uno de los libros más serios que jamás se hayan editado sobre estos espacios públicos de la capital. Hablamos de 'Plazas y paseos de Granada', que fue lanzado por la Universidad de Granada en colaboración con la editorial Atrio y el Colegio Oficial de Aparejadores.

Fernando Acale hacía en aquel volumen un vastísimo recorrido por las plazas granadinas, y para ello se remontaba nada menos que a la época musulmana.

«La verdad es que en aquel libro me quedé con las ganas de comentar algo sobre las plazas actuales de Granada», dice ahora Fernando Acale.

Sin amabilidad

Pero lo que habría dicho este arquitecto de plazas como la del viejo Los Cármenes, San Lázaro o el Violón no sería precisamente nada positivo.

Son espacios sin apenas vegetación, duros, áridos, muy lejanos de la amabilidad. «Se trata de plazas que invitan a vivir de una forma a la que no estamos acostumbrados. Han perdido el carácter de espacio público destinado a toda la ciudadanía y se han quedado, a lo sumo, en lugares de paso o bien re-



Viejo Los Cármenes, sin una sombra. :: R. L. P.



Plaza de San Lázaro, una de las más duras. :: R. L. P.

servados para los vecinos del barrio o de la comunidad de vecinos», comenta.

Con esta línea, Granada parece haberse empeñado en seguir el ejemplo de Barcelona, donde proliferan las plazas de este estilo. Pero hay un matiz que no se puede pa-

sar por alto: la fisonomía y las características de Granada no se asemejan en nada a las de la capital catalana.

Cemento, hormigón, granito... estos son los materiales que imperan en tales espacios públicos y que los convierten en poco amigables.

La plaza de la Caleta fue remodelada años atrás y quedó dibujada con un aspecto similar al de San Lázaro, Los Cármenes o Violón, si bien en los años sucesivos ha ido incorporando elementos blandos que la han ido convirtiendo en algo más humanizada. «Si un espacio como ése tiene que someterse a sucesivos cambios tras ser remodelado, es porque el proyecto era malo. Es como si vas al sastre, te hace un traje y después tiene que recomponerlo una y otra vez: eso significa que el traje era malo», sentencia Fernando Acale.

De paso

De tal guisa, estas plazas no cumplen con la premisa básica de ser un espacio público de encuentro, sino que se trata de zonas simplemente de paso. Y qué decir en verano, sin una mala sombra que echarse a la cabeza en una tierra como Granada, en la que el sol hace de las suyas a lo largo de gran parte del año.

«Nos estamos dedicando a crear una urbe de hormigón en la que hay una falta clamorosa de vegetación, que a fin de cuentas es el pulmón de una ciudad», dice el arquitecto.

Acale señala también el ejemplo del Huerto del Carlos, en el Albaicín, otro espacio duro que ha pretendido camuflarse con vegetación pero donde en verano es imposible estar.

Como ejemplo de la plaza que juega la función que estos espacios deben cumplir, el arquitecto señala el caso de la plaza Nueva, «que es un centro de encuentro para la colectividad que disfruta toda la ciudad».